

de sus virtudes. Si la caridad es la mayor y la principal de todas ellas, ¿qué amor á Dios tan grande no se descubre en su corazón, qué amor tan grande no era necesario para sufrir con alegría y rebotando de gozo unos tormentos tan atroces por el nombre y la fe de Jesucristo? Solo un amor mas encendido que los carbones en que fué sacrificado pudo sufrir tanto tormento, no solo sin quejarse sino despreciando á los verdugos. Su amor al prójimo le manifestó bien con sus trabajos para traer á las almas al conocimiento del verdadero Dios y á la luz de la fe; con sus obras de misericordia, recibiendo á los peregrinos, lavando los piés á los pobres, visitando á los enfermos y socorriendo con abundantes limosnas á todo género de necesitados. ¿Quién, dice san Lorenzo Justiniano, es capaz de explicar el fervor de su caridad? Aun viviendo en la carne ya no habia cosa alguna carnal en su alma. Su celo por la gloria de Jesucristo ¿no le manifestó bien en el ansia de padecer por él? ¿A quién no edifican y conmueven las palabras de este esclarecido jóven al papa san Sixto? ¿Por qué me abandonas, padre mio? ¿Por qué vas al sacrificio sin que te acompañe tu diácono? ¿Por qué me dejas huérfano y desamparado? ¿Por qué ha de separarse el diácono del lado del pontífice en los momentos del mayor peligro? ¿Qué ansia, qué deseo tan grande, hermanos míos, de padecer por Jesucristo y defender su honor ultrajado! ¿Qué gozo el de san Lorenzo oyendo que seguirá á su santo padre dentro de tres días, y que ántes le esperan tormentos y pruebas mucho mayores, como á un jóven esforzado en quien Dios quiere hacer ver su poder! ¿A quién no llenan de asombro las respuestas llenas de sabiduría eterna que dió á los tiranos, el valor con que sufrió tantos y tan atroces tormentos, el celo con que defendió y dió gracias á su Dios en la vida y en la muerte? Ardió su cuerpo; pero no solamente no ardió su fe, ni se consumió, sino que consolaba al que ardía, dice san Pedro Crisólogo. Espiró en los tormentos siendo un ministro y discípulo tan fiel de Jesucristo, que no le abandonó en los días de la tribulación y la prueba, y el Señor por eso le ha honrado y engrandecido, no solamente en los cielos dándole una corona correspondiente á sus virtudes, sino tambien en la tierra haciendo que sea célebre su nombre y que aparezca grande y lleno de bendiciones en todos los siglos. *Si quis mihi ministraverit, honorificabit eum Pater meus.*

Se ve bien, amados míos, se ve bien en la lijera reseña que he hecho de la vida y muerte de nuestro santo, cuyo martirio por ser tan glorioso y extraordinario es tan conocido de todos los cristianos, que la virtud, la práctica y ejercicio de las buenas obras le dispuso á padecer, y que sus padecimientos por Jesucristo le hicieron tan grande y esclarecido. Que su celo, su amor fervoroso, su fe grande y encendida le hizo un ministro fiel de Jesucristo, digno de padecer por él, y que por eso el Padre celestial le ha llenado de gloria.

¿Queremos ser grandes nosotros y que nuestro nombre se escriba entre los escogidos? Pues entendamos como san Lorenzo que las almas redimidas con la sangre de Jesucristo no deben buscar ni poner su grandeza en las alegrías y placeres de esta vida, en el logro de los honores, de las dignidades y riquezas de la tierra, sino en padecer por Jesucristo, en las obras de la tribulación, en las miserias y persecuciones sufridas por Jesucristo; no en las obras de tinieblas, en las comidas y regalos, sino en las obras de luz, en seguir á Jesucristo, defender su honor y gloria, imitar sus virtudes y ser verdaderos siervos suyos en la vida y en la muerte.

No nos dejemos pues alucinar y arrastrar de las falsas ideas y ejemplos del mundo, que al fin conoceremos su engaño cuando palpemos nuestra desgracia eterna. Aspiremos por los caminos de la virtud á la grandeza sólida y verdadera, contemplando que al fin seremos honrados y engrandecidos por el mismo Padre celestial, y que unos pequeños momentos de pesar y tribulación nos acarrearán un peso de eterna felicidad.

En este día del triunfo y festividad de san Lorenzo, honor de nuestra patria y gloria de nuestra religion, pidámosle su intercesion para que favorezca nuestros deseos de ser grandes delante de Dios, y para esto no le pidamos los bienes de la tierra sino los del cielo, no que nos libre de los males de la tierra, sino de los fuegos del infierno. Que encienda en nosotros la llama del amor divino que ardía en su corazón, y que nos haga prontos y fervorosos en el cumplimiento de la ley de Dios, y apague las llamas de nuestros vicios que tanto nos dominan y nos pierden; para que sirviendo como siervos fieles á Jesucristo en esta vida, nos honre y engrandezca el Padre celestial en la gloria. Amen.

SERMON

DEL BEATO LORENZO DE BRÍNDIS.⁽¹⁾

(DE SANTANDER.)

Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros...

Alabemos los varones gloriosos y á nuestros padres...

Eclesiástico, c. 44. v. 1.

No solo en esta era de libertinaje y disolucion se ha blasfemado contra el culto de los santos. No solo en este siglo de tinieblas se ha tenido por debilidad y fatuidad la vida de los justos, cuya memoria será eternamente colmada de bendiciones. Los siglos mas remotos nos suministran hombres impíos, que llenos de una intolerable arrogancia, condenaban el culto que los católicos damos á las sagradas imágenes de aquellos héroes del cristianismo, cuyas almas reinan con Cristo en el cielo. Los iconoclastas y los gnosticos abrieron las zanjias al templo del error, que han frecuentado despues y sostenido con la mayor obstinacion los wicelistas, luteranos, calvinistas y sacramentarios. Pero la iglesia santa, esta incorruptible y piadosa madre nuestra, gobernada por el espíritu de Dios, que es espíritu de luz y de verdad, ha condenado en todos tiempos estos errores; y por sus concillos, sus pontífices y padres ha defendido este punto de fe en todos los siglos. Los respetables concilios Niconos, Romanos y Tridentinos: los santos Germanes, Gregorios y Damascenos con otros padres, han levantado siempre la voz y desquiciado estas puertas del abismo, que intentaban preva-

(1) Predicado en el convento de capuchinos de la ciudad de Toro el día 13 de julio de 1788.

lecer contra la iglesia, declarando y expresamente mandando á todos los obispos y á cuantos enseñan la palabra de Dios, que siguiendo la tradicion de la iglesia católica y apostólica, recibida desde los primeros tiempos de la religion cristiana, diligentemente instruyan á los fieles, enseñándoles que los santos que reinan con Cristo en el cielo ofrecen á Dios sus oraciones y ruegos por los hombres, y que es cosa buena y útil invocarlos, acudir á su patrocinio, acogernos á su amparo, é implorar su socorro para que Dios nuestro Señor por su hijo Jesucristo, que es nuestro único y solo Redentor y Salvador, nos conceda los beneficios que le suplicamos.

Nuestro santísimo padre y señor Pio VI, siguiendo este decisivo cánón del sacrosanto concilio de Trento, y caminando por esta segura senda de la tradicion mas constante, ha declarado en el número de los bienaventurados á nuestro Fr. Lorenzo de Bríndis: le ha colocado sobre los santos altares, y propuesto á los fieles por objeto de sus cultos. Este es aquel héroe del siglo XVI y XVII, que como otro Onías defendió el templo, como otro Josué alcanzó victorias señaladas, y como otro Samuel fué destinado por el cielo para las mas ilustres legacias. Este es aquel sacerdote justo que ofreció tantas veces sobre las sagradas aras el incruento sacrificio entre prodigios y milagros: aquel predicador celoso que convirtió tantos pecadores, aquel provincial vigilante que reformó tantos abusos, aquel general prudente que gobernó la religion capuchina con tanto acierto, aquel capitan valeroso de Rodulfo II que logró tantos triunfos contra Mahoma, aquel embajador diligente y activo que desempeñó felizmente las comisiones mas arduas. Este... Pero mirad si tuve razon en el principio para decir: *Laudemus viros gloriosos, et parentes nostros in generatione sua*. Si la memoria de cualquier justo debe estar acompañada de alabanzas, como dice el Espíritu santo, ¿con cuánta mas razon deberemos elogiar á aquellos hombres gloriosos á quienes la divina Providencia nos destinó por padres espirituales: á aquellos hombres heróicos á cuyas virtudes debemos nuestra existencia por siglos? Es decir: si nosotros los capuchinos debemos formar elogios dignos de los Leonisas, Simaringas y Cantalicios, que fueron nuestros hermanos, ¿con cuánto mas motivo deberemos celebrar la memoria del gran Bríndis, que fué dos veces nuestro padre, una por fundador de esta provincia, y otra por general de toda

nuestra seráfica congregacion? Sin duda alguna, señores, miramos como una obligacion muy estrecha celebrar con distinguidos elogios su memoria. Pero, ¿cómo quereis que la proponga? ¿Creeis acaso que vengo á representarle á vuestra vista como un hombre de prodigios, un hombre poderoso en obras y palabras, estimado de los pontífices, amado de los reyes, temido de los infieles, aborrecido de los herejes, respetado de los judíos, y hecho el asombro y admiracion de los cristianos? Cómo quereis que os le muestre? ¿Cómo un capitán general, que montado en un caballo y puesto al frente del ejército de los cristianos derrota y pone en fuga todo un enjambre de bárbaros? O como un embajador diestro que promueve con una prudencia admirable los intereses de los príncipes? ¿O como un nuevo apóstol que habla todas las lenguas, penetra los interiores de los hombres y sujeta á su voluntad los elementos? A la verdad todas serian ideas dignas del gran Bríndis; pero yo voy á buscarle algun flanco, y por allí he de procurar manifestarle. Mirad qué pensamiento tan extraño. No pretendo por esto reformar las ideas que habeis concebido del gran Bríndis: ellas son justas aunque magníficas y grandes, y por tanto á propósito para no producir mas que una sencilla admiracion. Yo quisiera hacerme mas útil, y preveniros contra una ilusion demasadamente propagada en el presente siglo. Comunmente le llaman el siglo de ilustracion ó de las luces, y lo será en varios artefactos ó manufacturas que ciertamente se acercan á una muy particular perfeccion; pero en el particular de que vamos á hablar vive muy en tinieblas. Vosotros no me comprendereis hasta despues: entre tanto sabed que yo voy á proponer al grande Lorenzo de Bríndis nada mas que como un hijo de san Francisco, como un pobre capuchino; digámoslo de una vez, como un fraile. Sí, señores, este es todo su elogio, el fraile.

Quiera la majestad de Dios nuestro Señor que todo ceda á mayor gloria suya y utilidad de las almas. Esta es la gracia, Señor, que os pedimos por María santísima, á quien devotamente saludamos con el ángel: *Ave María*.

Nada mas frecuente habrán hallado cuantos hayan leído el Evangelio, que las diferentes y encontradas opiniones que las

gentes formaban de Jesucristo. Apenas comenzó á manifestarse en público nuestro amable Redentor, cuando unos le alababan y sublimaban hasta las estrellas, y otros le blasfemaban y abatian hasta los abismos. Algunos le adoraban como hijo de Dios, otros le aborrecian como encantador y hechicero. Estos decian, es santo: aquellos le publicaban blasfemo. En una parte se oía: él es un hombre bueno. En otra parte se escuchaba: es un impío, es un engañador, es un hombre malo. *Quidam enim dicebant quia bonus est; alii autem dicebant: non, sed seducit turbas.*

En vista de esto nadie extrañará que haya sucedido con los individuos de los órdenes religiosos lo mismo que sucedió con Jesucristo su fundador y su cabeza. Con efecto jamas ha habido mas encontrados pareceres que en este siglo sobre este particular. Unos los alaban, otros los vituperan: en una parte los elevan hasta lo sumo, en otra los abaten hasta lo ínfimo. Los frailes, dicen estos, es un género de hombres que entran en un mismo monasterio sin conocerse, viven juntos sin amarse, y al fin mueren sin llorarse. Un fraile, replican aquellos, es un legítimo sucesor de los apóstoles en la vida y el espíritu: es un exacto observador del Evangelio, como lo manifiesta su mismo nombre que significa hermano: *Omnes vos fratres estis*. Un fraile, dicen ciertos hombrecillos que han aparecido en nuestros dias, es un hombre inútil á la iglesia y perjudicial al estado. Un fraile, claman los hombres del mayor carácter que han visto los siglos, es un hombre útil á la iglesia y útil al estado: *Quidam enim dicebant quia bonus est; alii autem dicebant: non*. En esta contrariedad de opiniones, vosotros discernireis quiénes eran los discípulos de la verdad entre los que hablaban de Jesucristo, y quiénes de los que hablan de los frailes, serán los partidarios del error. Vosotros habeis de ser jueces en esta causa, permitiéndome solamente que os haga ver que nuestro beato Lorenzo de Bríndis fué un fraile. Sí. Pero un fraile útil á la iglesia y al estado. El asunto merecia tratarse separadamente, demostrando primero cómo fué útil á la iglesia, y despues cómo fué útil al estado; pero hallándose los intereses del sacerdocio y del imperio tan íntimamente unidos, que no se pueden promover debidamente los unos, sin experimentar los otros la misma utilidad, hablaremos de ambos indistintamente en un solo punto. Escuchadme con toda vuestra atencion.

Si yo quisiera demostrar la utilidad que produjo en la iglesia y el estado nuestro beato Fr. Lorenzo al modo que vosotros acostumbráis probar la nobleza de vuestro linaje, desenvolviendo la genealogía de vuestros mayores, buscando entre ellos un tronco ilustre, y haciéndole aparecer á favor de la patria un Alejandro por las armas, un Licurgo por las letras, un Caton por la prudencia, un Mucio Escévola por el valor, y un Coriolano por la piedad, nada me sería mas fácil. Con solo tender la consideracion por la serie continuada de los siglos, haria ver la santa iglesia colocada, sostenida y propagada por los frailes en todo el universo con aquel grado de estimacion, magnificencia y gloria con que en el día la vemos. Recibe ella ahora (no puede negarse) la obediencia de pueblos remotísimos, y compitiendo en el dominio con el sol, aun mas allá de sus caminos y términos encuentra quien se la sujeta y rinde; y si vosotros dudais que hayan sido los frailes los que han unido á la iglesia tantos y tan dilatados reinos, decidme: ¿Quién convirtió la Francia á la fe sino un Remigio? ¿Quién la Suecia sino un Martín? ¿Quién la Tesandria sino un Lamberto? ¿Quién la Inglaterra sino un Agustino? ¿Quién la Frisia sino Wilfrido? ¿Quién la Germania sino Bonifacio y Lugdero? ¿Quién la Sajonia sino Suitberto y Villebrordo? ¿Quién la Bohemia sino Cirilo y Metodio? ¿Quién la Dacia sino Ascario? ¿Quién la Pomerania sino Oton? ¿Quién la Pannonia, quién la Rusia, quién á los lituanos, y quién principalmente á los polacos sino Adalberto? Y si os parecen antiguos estos heróicos ejemplares, respondedme: ¿Cuánto debe la Tartaria á los discipulos del gran Domingo? ¿Cuánto la Persia y la Palestina á los hijos de mi padre san Francisco? ¿Cuánto las Filipinas á los Agustinos? ¿Y cuánto el grande imperio del Tibet á los capuchinos? ¿Quién ha tremolado el estandarte de la cruz en estos vastos imperios á precio de cárceles, persecuciones, tormentos y muertes sino los frailes? ¿Se dió por ventura un solo paso en las asombrosas conquistas del Nuevo mundo sin que los frailes precediesen ó acompañasen á los primeros conquistadores? ¿No fueron ellos los que con Jesucristo crucificado en sus manos reducian á vida sociable á los indios incultos: los que formaban las poblaciones, y los que mantenian en ellas la subordinacion y obediencia? ¿No son ellos los que de unos bárbaros, poco desemejantes de los brutos, forman vasallos útiles al estado y obe-

dientes hijos á la iglesia? Por tanto vivo persuadido á que nuestro Brindis tiene el mismo derecho que vosotros para estimar en lo justo la nobleza de una familia por los heróicos hechos de sus antepasados; y que así como vosotros os creéis acreedores á las distinciones de la iglesia y del estado por haberlos servido vuestros mayores, tambien Fr. Lorenzo se puede creer útil al imperio y al sacerdocio por ser de la clase de aquellos hombres que han dilatado los términos de la iglesia, ganando para Dios á los infieles, convenciendo á los herejes, convirtiendo á los pecadores y sosteniendo á los justos: de aquellos que han promovido los intereses de los príncipes, fundando pueblos, defendiendo ciudades, formando vasallos útiles, redimiendo cautivos, curando á los enfermos, auxiliando á los moribundos, y enseñando á todos con su ejemplo y su doctrina la debida obediencia y subordinacion que se merecen sus leyes. Pero no, señores, yo no pretendo valerme de estas pruebas. Guardadlas para vosotros, á quienes por lo comun faltan méritos personales para demostrar vuestra utilidad en la iglesia y el estado. Valeos en hora buena del arbitrio de buscarla entre los descarnados huesos de vuestros envejecidos difuntos. Buscadla vosotros entre vuestros mayores, que Fr. Lorenzo no piensa formar su gloria por contar entre los frailes los Gregorios, los Agustinos, los Basilio, los Benitos, los Brunos, los Bernardos, los Domingos, los Franciscos, los Buenaventuras, los Tomases, los Alcántaras, los Ildefonsos, los Atilanos y otra infinidad de hombres de tanto mérito, que si uno solo pudierais contar en vuestra genealogía, no cabriais llenos de orgullo y vanidad en el mundo. No, señores. No temais que Brindis aumente el partido de los frailes con mas de cincuenta pontífices adornados de santidad y literatura, con centenares de cardenales sapientísimos, con millares de patriarcas, arzobispos y obispos, con millones de mártires é innumerables escritores en toda clase de artes y ciencias desde la mas alta y sublime teología hasta las primeras letras. A él no le hacen falta méritos ajenos, porque los tiene propios en una abundancia prodigiosa. Fué útil á la iglesia y al estado, no solo por la comun razon de fraile, como lo habeis oído hasta aquí, sino por sí mismo, y por su propio mérito personal, como lo vais á oír inmediatamente.

Aplicad ahora toda la fuerza de vuestro espíritu, porque ya